

INFORMACIÓN CULTURAL

Los castillos de Novales y Argabieso.

Conocida es la riqueza monumental de España y las disposiciones dictadas para conservarla, estimulando el celo de las Diputaciones y Ayuntamientos. Por lo que respecta a los monumentos altoaragoneses, se hace preciso, en primer lugar, la formación de un minucioso fichero artístico y monumental, que debe mantenerse al día y ser lo más completo posible. La formación de este fichero debe hacerse con todo esmero y cuidado, sin prisas, pero con exactitud y seguridad.

Como contribución a esta obra que el I. E. O. se propone llevar a cabo, doy, a continuación, unos datos sobre dos castillos altoaragoneses, no bien conocidos, Novales y Argabieso, sin perjuicio de hacerlo con más amplitud en otra ocasión.

Dentro de la teoría de fortalezas altoaragonesas, el castillo de Novales ofrece cierto interés. En la Edad Media, a principios del siglo XII, tuvo importancia como posición avanzada frente a la musulmana Piracés. Era su señor, a la sazón, Fortún Garcés de Valle, que lo era también de Argabieso, Pueyo y Usón (Ubieto, *Colección Diplomática de Pedro I*, 269). Conquistada Piracés, siguió conservando su importancia, dada su posición clave en un cruce de caminos. Durante toda la Edad Media tuvo mayoría de población morisca.

En 1451, el 29 de agosto, micer Luis de Santángel, señor de Novales, contrataba con Miguel de Arnialde la obra de un azud en el río Guatizalema, en término de Pueyo, y el primer tramo de la correspondiente acequia. Además, se obligaba a terminar una torre de piedra «que está en el cantón del castillo... enta la part del forno e la muralla que es entre la dicta torre e otra torreta que esta en la dicta muralla que es entre la dicta torreta nueva e la torre mastra que esta en la dicta muralla es a saber derrocando de la dicta torre del canton todo lo que es de tierra en aquella, e levantando aquella por forma que todo sia de piedra picada machacolada, con antipeytos». El precio convenido era de 5.100 sueldos (A. H. P., prot. 250, fol. 110).

Otra capitulación, ésta de 1550, entre Juan de Gurrea, señor de

Argabieso y maestro Pedro Aguinayaga, cantero, residente en Bolea, que había tomado parte, sin duda, en las obras de aquella Colegiata, menciona el castillo de Argabieso, señorío de los Gurrea, poblado por moriscos. Se refiere, indudablemente, al palacio de aquella noble familia, heredado más tarde por los duques de Solferino, todavía subsistente. El maestro se obligaba a construir una pared de piedra picada en sustitución de la que había, pared que recibiría los ventanajes del mirador que tendría su antepecho «como agora está» (A. H. P., prot. 678 fol. 175).—*Federico Balaguer*.

Don Pedro Arnal Caveró, deja el Magisterio.

La actualidad aragonesa registró, días pasados, la noticia de la jubilación de don Pedro Arnal Caveró en el ejercicio de la enseñanza oficial, con una porfía entrañable en glosar efusivamente la efemérides al sincronizarla con el homenaje que la Junta Municipal de Enseñanza Primaria, de Zaragoza, se aprestaba a rendirle.

Tan destacada personalidad pedagógica, de indiscutible prestigio social, no precisa de loas ni ditirambos por ser sobradamente familiar en los medios culturales aragoneses. Prototipo de insobornable vocación, terminó muy joven la carrera con brillantez, y opositó luego a Graduadas en Zaragoza con éxito que prosiguió ininterrumpido durante cuarenta años desde el grupo de la plazuela de Santa Marta al paseo de María Agustín.

Su misión docente, matizada de un profundo sentido de modernidad que, hermanado con un acusado contenido social, caló medularmente en las inteligencias juveniles, encontró eco en la ciudad hermana y valoración adecuada en la intimidad entrañable de los hogares beneficiarios de aquellos desvelos. Porque son numerosas las promociones escolares deudoras de gratitud al maestro ejemplar, que iluminó sus mentes con los destellos de la virtud, del patriotismo y del saber.

Lugar destacado merecen también sus singulares dotes para el desempeño de actividades culturales donde la palabra y la pluma, doctas y sugestivas, de Arnal Caveró conquistaron el favor de las selecciones inteligentes. Así, en múltiples ocasiones y en cátedras y tribunas diversas, a veces improvisadas en insospechados enclaves de la geografía aragonesa, laboró con enfervorecido entusiasmo en la extensión escolar y el